

Saga Hakbai 1

EL DESPERTAR de Ukhat

A. G. NOVAK



Capítulo 1

TEBAS (EGIPTO), 1366 a.C.

Una figura se deslizó entre las sombras que dominaban el extenso jardín de las dependencias privadas del faraón. Se detuvo junto a un sicomoro para observar con atención el trajín de los guardias. A pesar de las altas horas de la madrugada, se les veía inquietos, los que solían permanecer soñolientos en la vigilancia nocturna estaban erguidos y alerta.

Era noche de luna nueva, la oscuridad le protegía y los arbustos que rodeaban los árboles le servían de perfecto camuflaje. De forma rectangular, el patio constaba de dos muros laterales, un estanque artificial poblado de peces acabado en una fila de palmeras altas que conducía al sendero principal, y justo delante de él, una columnata que le permitía ver el interior del pasillo. Las antorchas que iluminaban la avenida producían la suficiente claridad como para que un movimiento en falso fuese desastroso. Una extraña excitación le recorrió todo el cuerpo.

El faraón estaba enfermo, una infección le estaba matando, y deseaba verlo con sus propios ojos. En una o dos ocasiones tuvo la tentación de dar media vuelta y regresar al harén en el que toda

su vida, por orden de su padre, había permanecido recluido, y del que aprendió a escaparse sin demasiada dificultad para realizar incursiones infantiles, que la guardia pasaba por alto de forma deliberada. Pero en aquella ocasión la situación era bien distinta, no se trataba de un paseo furtivo por los jardines de palacio, sino que pretendía introducirse en los aposentos más vigilados de todo el país, algo que, a pesar de su condición de heredero, le estaba prohibido sin un permiso especial.

Desde niño, como futuro cabeza del templo de Amón, fue instruido en los complicados e intrincados aspectos religiosos de su nación, incluidas las creencias sobre la muerte, de cómo el *ka*, el alma inmortal, surca los ríos de ultratumba. El fallecido debe mostrarse ante Anubis y su corazón es pesado en una balanza para calibrar sus acciones en vida, y así determinar si tiene derecho a penetrar en el paraíso o, por el contrario, merece ser devorado por las fauces del dios cocodrilo. Pero nunca había presenciado la muerte de nadie en persona, mucho menos un hombre tan poderoso como el rey del Alto y Bajo Egipto, Amenofis III.

Su padre nunca le dedicó la más mínima atención. El poco tiempo libre del que disponía lo dirigió siempre hacia su primogénito, Tutmés, y ni siquiera cuando este murió en un trágico accidente cambió su actitud para con él. Le consideraba un chico débil, de carácter y espíritu, no apto para las viriles gestas que tanto engrandecían a un soberano. Su rostro afeminado y talante soñador no ayudaban demasiado a corregir la impresión que su padre tenía de él, resultaba humillante.

Por el contrario, su madre, la reina Tiy, sí le quería, y mucho. Siempre que podía le sacaba de su encierro para dar un paseo y hablar del sol. Le enseñó a beber sus rayos de aliento divino, como si la luz que despedía fuera a apagarse si no se le dedicaba una plegaria salida de lo más profundo del corazón. El disco solar, ese majestuoso astro que desfiguraba la vista, poderoso e

inalcanzable, ostentaría siempre la fuerza sobrenatural que ahora su padre estaba perdiendo y que pronto sería suya, como heredero indiscutible de uno de los imperios más poderosos del mundo.

Desde que el faraón enfermó, hacía ya varios meses, Tiy ocupaba su puesto en la sala de audiencias, y se volcaba en la difícil tarea de gestionar la mayor parte del gobierno de Egipto. Como orgullosa princesa de Mitanni primero y reina de Egipto después, Tiy nunca se dejó avasallar por los ambiciosos consejeros del faraón, ni permitió que ninguna de las esposas más jóvenes la relegara a un segundo plano. En su determinación radicaba su belleza, que, a pesar de su madurez, aún conservaba.

De repente la vio. Cruzaba con paso vigoroso el pasillo de columnas que atravesaba el jardín, escoltada por un numeroso séquito. Su gesto de preocupación acrecentaba su hermosa madurez y su rojiza cabellera bailaba al son de sus caderas, todavía esbeltas. El final estaba cerca, el joven Amenofis comprendió que tendría que darse prisa si quería presenciar algo que mereciese la pena.

Los guardias, apostados a lo largo del pasillo, se inclinaron ante la orgullosa y bella reina. Era su oportunidad. Corrió lo más deprisa que le permitieron las piernas, se detuvo tras una de las columnas y tras recuperar el aliento, cuando el séquito de la soberana hubo sobrepasado su posición, saltó al pasillo cruzándolo todo lo rápido que fue capaz, antes de que la guardia levantase sus cabezas. Con la respiración entrecortada, descansó en un pequeño rellano que daba a un patio interior, una mera formalidad estética, pues no existía acceso a él, a no ser que se saltara desde una barandilla que lo rodeaba, y que distaba tres codos del suelo.¹

Apenas llegaba allí la luz de las antorchas y no temió que le descubrieran, pero ahora llegaba la parte más difícil. Tendría que volver al pasillo, recorrerlo en dirección a los aposentos de

¹ 1.59 centímetros.

su padre e introducirse en ellos. Esto resultaría relativamente sencillo, si no fuera porque las puertas de las habitaciones del faraón estaban custodiadas por varios soldados de su guardia personal. Miró a su alrededor intentando pensar en su siguiente movimiento, cuando, al otro lado del pequeño y oscuro patio, divisó a un joven que salía a escondidas de una puerta falsa camuflada entre los frisos del muro. En cuanto el muchacho se hubo cerciorado de que nadie lo había visto, se esfumó de allí lo más rápido que pudo.

Aunque los rumores sobre las costumbres ocultas de su padre no eran amables en la corte, a él le importaban poco y, en aquel momento, le brindaron una excelente oportunidad: si aquel chico había salido de la alcoba del faraón sin ser visto, él podría entrar de igual modo. Saltó al patio interior sin demasiado esfuerzo. Apenas estaba iluminado, lo atravesó con sigilo, pero no corrió. Al llegar al otro lado, le costó bastante trepar el muro para alzarse sobre el pasillo paralelo al que había dejado, tuvo que reconocer a regañadientes que su padre tenía razón al afirmar que era débil, pues a ningún chico de su edad le habría supuesto un problema una pared de apenas tres codos de altura. Al llegar, casi exhausto, ante la puerta falsa, oyó voces procedentes del corredor adyacente y le invadió el pánico. Reconoció el tono grave del capitán de la guardia, estaba reprendiendo con aspereza al guardián de la puerta del harén. Le estaban buscando, sabían que había escapado de nuevo. Si le descubrían allí, volverían a encerrarle en el harén, doblarían la guardia y, vigilado como un prisionero, no le permitirían salir bajo ningún pretexto.

Aterrado, palpó la superficie del muro con manos nerviosas. Aquel muchacho había cerrado la puerta al salir y el heredero ignoraba cómo abrirla. De pronto, la puerta oculta emitió un leve chasquido, cedió y se abrió con lentitud sin necesidad de empujarla. El joven Amenofis se introdujo por la abertura de forma

apresurada y se apoyó sobre el pesado portalón, sellándolo tras de sí. Permaneció inmóvil varios segundos, en silencio, y oyó cómo las voces se hacían cada vez más próximas, hasta notarlas justo detrás de la pared que le ocultaba. Escuchó cómo el capitán pasaba por el otro lado, profiriendo insultos a la guardia del harén, que seguía pidiéndole disculpas.

Cuando por fin se hubieron alejado, el muchacho respiró aliviado y levantó la vista.

Estaba oscuro, pero sus ojos empezaban a acostumbrarse a la penumbra, y distinguió un hilillo de luz que se filtraba a ras de suelo, al final del estrecho pasadizo que tenía delante. Era otra puerta y se convenció esperanzado, más con angustia que con certeza, de que conduciría a los aposentos privados del faraón. Intentó no pensárselo demasiado y dio un paso inseguro. Además de estrecho, el pasillo era bajo, y su cabeza casi tocaba la parte superior. Le invadió una terrible sensación de claustrofobia. Aquel espacio cerrado y falto de oxígeno le recordó a la cámara mortuoria de su hermano, Tutmén. Recordó también el día de su muerte, ocho años atrás, y lo mucho que le había fastidiado tener que soportar el luto, lo que le impidió durante demasiado tiempo dedicarse a sus juegos.

No le había querido, ni lamentó su muerte más que la de cualquier cortesano. Al fin y al cabo, y a pesar de sus lazos de sangre, solo le había visto media docena de veces en toda su vida. Tutmén se limitaba a desfilarse frente a él con porte solemne, simulando sorprenderse de lo mucho que había crecido su hermano pequeño.

Ahora las cosas habían cambiado. El débil segundón era el heredero al trono y ni siquiera su padre, que siempre le despreció, podría hacer nada para evitarlo.

El joven Amenofis sacudió la cabeza para ahuyentar sus pensamientos y se concentró en su tarea. Sacó fuerzas de flaqueza e intentó olvidarse de la aversión que le causaba aquel corredor

asfixiante. Tras unos minutos de absoluto silencio, escuchó un murmullo procedente del otro lado del pasadizo y creyó reconocer la voz de su madre. Avanzó despacio en línea recta palpando las paredes con ambas manos, hasta que la luz del suelo iluminó sus sandalias. Empujó el muro sin demasiado vigor, despacio. Esta puerta pesaba aún más que la otra, y le costó abrir una pequeña rendija. Acercó la cara a la abertura y observó el interior de la estancia. El humo del incienso confundía las formas y el excesivo mobiliario parecía fundirse en un todo agobiante. Percibió el fuerte olor de los ungüentos, pero apenas camuflaba el hedor a muerte y podredumbre que dominaba la habitación. Le dieron ganas de vomitar, tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse. Levantó la cabeza y aspiró el aire viciado, pero menos repugnante, del pasillo donde se encontraba. Algo mareado y cubriéndose la nariz con una mano, volvió la vista de nuevo hacia la diminuta abertura.

Su madre estaba de pie junto al lecho. Tenía las manos entrelazadas en el regazo y parecía triste, demasiado. El faraón se consumía: su cuerpo, antes fuerte y vigoroso, estaba pálido, delgado, casi sin vida; y su rostro, que antaño irradiaba fortaleza, aparecía grisáceo y surcado por unas profundas arrugas que le hacían parecer un anciano. Tendido en la elegante cama de madera tallada cuyas patas simulaban garras de león, Amenofis III respiraba con dificultad y cada pocos segundos se agitaba atormentado por el dolor.

La reina se dirigió a un hombre de cabeza rapada, ataviado con una larga túnica sin mangas, que sin duda era el médico.

—¿No podría darle más?

—Majestad —respondió el aludido con turbación en la voz—, la esencia de amapola es muy fuerte; si le doy más, podría caer inconsciente y morir.

—Va a morir de todos modos —protestó Tiy a punto de echarse a llorar.

El sanador bajó la vista, reacio a obedecer la petición de su reina, pues su deber era alargar todo lo posible la vida del soberano.

Amenofis III abrió los ojos, alzó su mano derecha y la posó en el fino vestido de lino blanco de su esposa.

—Querida Tiy —articuló como pudo—, el dolor es insopor-
table, pero no deseo caer dormido, quiero reconocer el rostro que
más amo mientras abandono el mundo terrenal.

La reina rompió a llorar y se dejó caer en el borde de la cama.
Amaba a Amenofis con toda la fuerza que su alma rota le permitía.
Su matrimonio había sido pactado, como era costumbre en perso-
nas de su condición, pero había aprendido a querer a aquel recio
hombre, y aún anhelaba que la rodease con sus fuertes brazos.

—Dejadnos —ordenó el faraón dirigiéndose al médico, los sa-
cerdotes y todos los sirvientes.

Los aludidos se retiraron entre reverencias, menos el escriba
del faraón, un hombrecillo amanerado que se sentía reacio a
abandonar a su señor.

—Tú también —le dijo Amenofis con expresión amable.

—Pero he de tomar constancia de todo lo que aquí se diga.

Amenofis no pronunció palabra, pero su mirada fue suficien-
te y el pequeño ayudante se dio por enterado. Dibujó una exage-
rada reverencia para abandonar después la estancia, encorvado,
sin darle la espalda a su rey e intentando contener el llanto.

El faraón esperó a quedar a solas con su esposa principal, tragó
saliva y habló con la mayor contundencia que fue capaz.

—No tengo miedo, la muerte es un paso necesario hacia la
otra vida. Lo que en verdad me asusta es lo que pueda ocurrir
cuando yo ya no esté y mi *ka* no pueda traspasar la frontera de
este mundo.

La reina guardó silencio.

—El muchacho no está preparado —prosiguió Amenofis—,
no conoce los peligros...

Una punzada de dolor le atravesó la mandíbula y emitió un grito desgarrador. El joven Amenofis se sobresaltó y se le escapó un leve gemido, que a punto estuvo de revelar su presencia.

Tiy miró en la dirección donde él se encontraba, pero no le vio. Estaba demasiado aturdida para prestar atención a algo que no fuera el tormento de su amado esposo.

El faraón se calmó. Respiró hondo, como si el aire no llegara a los pulmones y cogió con fuerza la mano de la reina.

—Tiy, sabes que el chico es débil. No soportará lo que va a recaer sobre él.

—Siempre le has detestado —articuló la reina entre sollozos, al tiempo que su hijo pensaba lo mismo desde su escondite.

—Es sangre de mi sangre. Si me he mostrado duro, es para que comprenda que la carga que tendrá que soportar sobre sus hombros es muy diferente a la de cualquier otro hombre. Debe aprender a ser fuerte y proteger su reino de todo mal.

—Lo único que ha aprendido es a odiarte.

—Si eso hace que se fortalezca, que así sea.

Tiy se levantó de la cama de forma brusca y se giró, mirando a su esposo con ojos centelleantes.

—Si hubieras querido que fuera fuerte y aprendiera a gobernar Egipto, le habrías enseñado. En vez de eso, le has recluido en el harén desde que era solo un niño. Ni cuando Tutmés murió te ocupaste de instruirle. Ahora tendrá que andar a ciegas.

El joven Amenofis se agitó en el pasadizo. Sabía que la investidura de un faraón estaba regida por misteriosos ritos, elevaciones del espíritu, lugares reservados a unos pocos, zonas de los templos que solo podían ser pisadas por el rey. La gestión del Gobierno sería dura y tendría que soportar conjuras, envidias y lidiar con cortesanos ávidos de poder, que no dudarían en zancadillearle en su propio beneficio. Pero aquellas palabras, y el tono que había empleado su padre al pronunciarlas, le decían que su temor iba mucho más allá de todo eso.

—Nuestro hijo no reinará solo, tú estarás ahí para guiarle.

La reina buscó un sillón para sentarse, pero, tras meditarlo, escogió de nuevo un lateral de la cama donde su marido yacía.

—Yo no puedo guiar a un faraón —dijo con humildad mientras cogía la mano de su esposo, que estaba helada a pesar del calor de la estancia.

—No seas modesta, ambos sabemos quién está llevando el Gobierno desde que el dolor no me permite levantarme de esta condenada cama. Además, eres la única persona que conoce el secreto de los reyes de Egipto.

Tiy miró sobresaltada a su esposo. De pronto, se sintió frágil y vulnerable. Respiró hondo intentando tranquilizarse, pero fue inútil.

—Ese secreto me sobrepasa... Y me asusta —dijo la reina con voz entrecortada.

—El temor no tiene cabida entre los regentes de Egipto —sentenció el faraón.

Ambos guardaron silencio. El joven Amenofis, al que le flaqueaban las piernas por la tensión, notó cómo el hedor de la estancia penetraba cada vez más por la rendija que mantenía abierta, impregnando su peluca. Se desprendió de ella y la dejó caer al suelo, mientras agitaba su corto y oscuro cabello con la otra mano. Le dolía todo el cuerpo por la postura forzada, y por un momento tuvo el estúpido temor de que su padre estuviera contagiándole el mal que le estaba consumiendo. Sacudió la cabeza ante la tonta idea, se aflojó el faldellín, la única prenda que llevaba, y aguzó de nuevo el oído.

El faraón rompió el silencio al comenzar a toser, emitiendo de cuando en cuando un gemido entrecortado, boqueando para tratar de atrapar el aire en sus pulmones. Tras unos minutos angustiosos, en los que Tiy se sintió impotente, Amenofis pareció calmarse y apretó la mano de su esposa, intentando aferrarse un poco más al aliento de la vida que se le escapaba.

—Tiy —susurró Amenofis entre manifiestos dolores—, salva a Egipto, amada mía. Salva a nuestro hijo.

El faraón emitió un hondo suspiro y, tras unos segundos eternos, exhaló el aire que le quedaba en los pulmones y se relajó en su lecho.

Una ofrenda se hace al faraón,
una excelsa ofrenda de pan por miles,
cerveza por miles, bueyes por miles,
gansos por miles,
para el *ka* del gran Amenofis III.

Capítulo 2

AKETATÓN (EGIPTO)

1352 a. C. Año 14 del reinado de Akenatón

(Amenofis IV)

El aire intermitente que despedía el abanico de plumas de aves-truz, agitado por uno de sus sirvientes, no mitigaba el calor, y el dosel que pretendía protegerla no filtraba los rayos del sol lo suficiente. Nefertiti se levantó de la estera, que descansaba en el cuidado suelo del jardín, y decidió dar un paseo.

Caminó con ritmo pausado y se detuvo ante el estanque. Posó las rodillas en el suelo y observó su rostro reflejado en el agua azulada. Había madurado, pero no se sentía orgullosa de su paso por la vida, la constante preocupación y el desasosiego estrangulaban su alma y la sucesión de acontecimientos, a la que había asistido como espectadora impotente, consiguió que se diera de bruces con una realidad incómoda.

Hacía tiempo que ya no era dueña de su destino y sentía cómo el mundo maravilloso que su esposo había construido, esa existencia idílica que el faraón había intentado preservar, se revelaba

como una ilusión, un sueño inalcanzable del que ella ya había despertado, para darse cuenta de que no era más que una pesadilla.

Su bello rostro, por el que tantos habían suspirado en secreto, estaba marcado por la tristeza y la rabia, y en su rojo cabello, ese que hacía tiempo había renunciado a adornar con caras pelucas, aparecían unas difusas y prematuras canas. Aún era joven, pero su talante lo contradecía. A veces se sorprendía a sí misma refunfuñando como una vieja matrona apartada de sus funciones, y eso la irritaba.

La desidia y la impotencia habían provocado un conformismo inusitado en ella. Cansada de luchar, se había aferrado a sus recuerdos, limitándose a ser una espectadora pasiva de su propia vida. Pero aquella tarde sintió cómo su antigua y añorada personalidad de leona salvaje florecía, y comprendió que ya era hora de reaccionar.

Se levantó de forma brusca, y dio órdenes para que le prepararan un baño. Estaba dispuesta a arreglarse como lo que era, una reina, y presentarse así ante su esposo, Akenatón.

Ya en sus aposentos, mientras la desvestían, se observó con detenimiento. Sus muslos aún estaban firmes; sus pechos, redondos y elevados; y su vientre, a pesar de los embarazos, apenas si mostraba una curvatura imperceptible.

El baño fue relajante y le permitió ordenar sus ideas. Estaba decidida a aclarar su situación de inmediato y no permitiría que nada ni nadie la detuviera en su propósito de regresar al puesto que le pertenecía por derecho.

Cuando la hubieron vestido y perfumado, una sirvienta se dispuso a adornarle el largo y estilizado cuello con un collar de lapislázuli, pero se vio interrumpida por una asistente con aire turbado que penetró en su estancia y se postró a sus pies, aguardando que le permitieran hablar. Nefertiti hizo un orgulloso gesto de asentimiento y la pequeña enviada, casi una niña,

intentó dominar su pánico, aunque solo le salió un leve hilillo de voz.

—Mi reina, su majestad, me envían a comunicarle que la princesa Maketatón ha empeorado.

La reina sintió un brusco golpe en su pecho, pero hizo un esfuerzo por no mostrar sus sentimientos ante la servidumbre y, sin mediar palabra, despidió con la mano a la mensajera de la desagradable noticia.

Su desgracia no hacía sino aumentar. Resolvió ir en persona a los aposentos del faraón, sin esperar a ser anunciada, como era su intención, e instarle a que fueran juntos a ver a su hija sin perder un minuto.

Recorrió el palacio casi corriendo, dejando relegadas a las sirvientas, que la seguían exhaustas y a tropicónes. Cuando llegó ante los aposentos de Akenatón, los guardias apostados a ambos lados se apartaron de su camino con una reverencia. La reina respiró hondo para recuperar el aliento y empujó la puerta.

Nefertiti encontró a su esposo tumbado en el lecho. No estaba dormido, se encontraba en uno de sus estados de semiinconsciencia, situación que los sacerdotes de Atón habían atribuido a contactos con el ser supremo. Ella sabía que no era así. Su fe por Atón, el dios de su faraón, era tan fuerte como la del propio soberano, pero conocía demasiado bien al hombre con el que había compartido su vida durante quince años y estaba segura de que los ataques de su esposo no se debían a delirios divinos.

La reina despidió a toda la servidumbre y se quedó a solas con él. Una mosca revoloteaba sobre unos pastelillos rellenos de dátiles y una copa de vino que el faraón no había tocado. Nefertiti apartó al molesto insecto con la mano y cubrió los resacos dulces con un paño de lino que reposaba sobre la mesa de madera de ébano. Se acercó a la cama, escogió un taburete decorado con motivos religiosos para tomar asiento y contempló a su esposo.

Akenatón no era el mismo. De un tiempo a esa parte algo perturbaba su existencia. Se comportaba de manera extraña y parecía estar asustado en todo momento.

La deformidad de su cuerpo se hacía cada vez más evidente. Tenía el vientre abultado, y ya no conseguía disimular sus anchas caderas bajo las túnicas. Ella le había amado, e incluso llegaron a parecerle agradables sus gruesos labios, los ojos rasgados y el mentón demasiado prominente.

Pero la situación había cambiado. Su esposo, el que en otro tiempo la idolatró y compuso poemas en su honor, el que la había calificado de bella entre las bellas, de luz de su existencia, la había reemplazado y no solo en el lecho, sino también en las ceremonias oficiales ante el dios Atón. Y lo más irritante de todo es que se sentía incapaz de competir, porque su puesto no había sido ocupado por un capricho del faraón en forma de concubina, a la que podría aventajar en belleza o inteligencia, sino por Smenker, un muchacho al que nadie conocía, pero al que incluso se le había representado con los atributos que debía ostentar Nefertiti. Resultaba insultante.

En otros tiempos aquella situación habría sido más que escandalosa. Se sabía que otros faraones habían compartido lecho y confidencias con muchachos de su mismo sexo, pero nunca esas relaciones habían visto la luz pública. La actitud de Akenatón era osada e irrespetuosa, pero ya nadie censuraba o cuestionaba los actos de un rey que, desde su investidura, había roto con todo, desterrando a todos los dioses tradicionales para imponer el rito a uno solo, Atón, el disco solar. Yendo aún más lejos, ordenó trasladar la capital de Tebas a Aketatón, en cuyo emplazamiento y construcción había participado él mismo, y llevó el Gobierno de Egipto como ningún otro lo había hecho, basando cada decisión en las prerrogativas de su dios.

La religión y la política egipcias siempre habían estado íntimamente relacionadas, pero su esposo anteponía su extraño misticismo a los asuntos de Estado, relegados a un segundo plano, y hacía caso omiso a los requerimientos externos de ayuda y colaboración.

Pero en ese momento, Nefertiti no podía preocuparse por eso. Una terrible peste estaba asolando Egipto. La muerte llamaba a la puerta de pobres y ricos, niños y ancianos sin previo aviso. Akenatón pensó que su dios protegería el palacio y a los suyos, pero no fue así, y en esos momentos una de sus hijas, Maketatón, luchaba por conservar la vida.

Akenatón se revolvió atacado por sus pesadillas y, con una terrible sacudida, se incorporó mirando a ambos lados de la habitación, con los ojos nublados por unas espesas lágrimas.

—Nefertiti, ¿eres tú? —susurró con la voz quejumbrosa de un niño asustado.

—Sí, estoy aquí.

El faraón miró a su esposa con angustia.

—La salud de Maketatón ha empeorado —dijo Nefertiti reprimiendo sus ganas de llorar.

—Lo sé... Nuestra hija va a morir por mi culpa.

—No tengo intención de consolarte —dijo la reina con la mayor frialdad de la que fue capaz—, pero si te soy sincera, no creo que la enfermedad de Maketatón se deba a un error tuyo. Muchos egipcios la sufren, no eres responsable de todos ellos.

—Te equivocas —contestó Akenatón con rotundidad—. Como faraón y sumo sacerdote de Atón, soy el último responsable de Egipto y todo su pueblo.

—Aun así, no puedes detener una peste que se extiende a lo largo de todo el país.

—No, pero pude haberla evitado.

A Nefertiti le intrigó la réplica de su esposo. Aunque se creía el hijo directo de Atón, siempre había reconocido sus limitaciones, y la epidemia que estaba doblegando Egipto era un obstáculo demasiado grande para cualquier hombre, incluido él.

—Nadie puede parar algo así, ni siquiera tu querido Smenker —añadió mordaz la reina.

Akenatón miró a Nefertiti dibujando una expresión dolida en su rostro.

—Sé que me odias por eso, querida mía, pero algún día comprenderás que lo hice por tu bien y el de Egipto.

—No veo qué bien ha de hacerme ser sustituida por un jovenzuelo advenedizo. En tu lecho puedes hacer lo que te plazca, pero en público... Me has colocado en una posición demasiado delicada y, lo que es peor, te estás poniendo en ridículo ante toda la corte.

—Poco me importa lo que pueda pensar esa panda de adulares. Lo importante...

Akenatón fue interrumpido por el sonido intermitente de unos nudillos que golpeaban la puerta con insistencia. Ante la falta de reacción de su esposo, Nefertiti se levantó de su asiento e indicó con voz potente a quien estuviera tras la puerta que podía pasar.

Una figura menuda, con la cabeza rapada, entró en la estancia en actitud de reverencia, enseñando la coronilla.

—Sus majestades —dijo el visitante sin levantar la vista del suelo—, siento interrumpirles, pero el médico real les ruega que se personen en los aposentos de la princesa Maketatón.

A Nefertiti le dio un vuelco el corazón y su marido se levantó de la cama sin perder un segundo.

Akenatón se acercó a su esposa y le dio la mano, estaba caliente y húmeda; Nefertiti tuvo la tentación de soltársela en el acto, pero refrenó su impulso ante la triste mirada del faraón.

Caminaron con prisa, en dirección a las estancias de su hija, escoltados por la guardia personal del rey, por numerosos sirvientes y ayudantes de confianza. Cuando llegaron ante las puertas de las habitaciones de la princesa, Akenatón les indicó a todos que aguardaran fuera, y la pareja real entró sola.

Encontraron a la princesa retorciéndose de dolor. Nefertiti emitió un gemido de hondo pesar y apretó con fuerza la mano de su esposo. El aire del lugar estaba viciado por un extraño olor a hierbas que lo impregnaba todo. Una sirvienta luchaba por mantener en la frente de la princesa un paño frío, perfumado con mirra, pero las convulsiones de la joven dificultaban su labor.

Akenatón intentó en vano distinguir entre los relieves que decoraban las paredes una señal que le permitiera no dudar de su fe, pero solo vio piedra muerta y madera carente de toda vida.

—Majestades —dijo el médico con una reverencia cuando se percató de la presencia de los soberanos—, no puedo hacer nada más, la enfermedad está muy avanzada, ha contaminado su cuerpo.

—¿No puede al menos reducir el dolor? —preguntó Nefertiti con una actitud de súplica impropia de ella.

—Mi reina, los remedios y medicinas más eficaces están prohibidos, la religión de Atón no permite usar soluciones relacionadas con otras deidades... El material de que dispongo es limitado.

Nefertiti guardó silencio. A pesar del deseo de salvar la vida de su hija, no se atrevía a contradecir una ley que había imperado desde los inicios del reinado de su esposo.

Akenatón miró al médico con ojos fugaces, pero con la suficiente intensidad como para que este se asustara.

—Adelante —dijo por fin el faraón saliendo de su ensimismamiento—, no importa lo que tengas que hacer, ayuda a mi hija.

Los ojos de Nefertiti se llenaron de lágrimas. Por primera vez en su vida, Akenatón había cedido en algo que contradecía la base de su existencia.

El médico permanecía inmóvil, miraba al faraón con ojos suplicantes, temblando como una hoja.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó la reina al inquieto sanador.

—Lo siento —dijo el médico, con el rostro cubierto por el sudor—, la ley no solo prohíbe la práctica con esos remedios, sino también su posesión, y yo...

—Está bien —interrumpió Akenatón—, sé que muchos guardáis infinidad de sustancias que yo tengo vetadas. Si en verdad tú no tienes, consíguelas, sabrás dónde encontrarlas. No voy a castigarte por ello.

El médico sonrió para sí y salió corriendo de la estancia olvidando inclinarse.

Nefertiti observó en silencio a su esposo, aún tenía su mano cogida con fuerza, pero parecía ausente. Akenatón tomó asiento en una incómoda silla de ébano con incrustaciones situada junto al lecho de su hija y Nefertiti hizo lo mismo en el borde de la ostentosa cama.

Pasada una interminable hora, durante la cual la princesa no cesó de emitir gemidos de dolor, apareció el médico portando un recipiente de alabastro que despedía un fuerte olor. Tras inclinarse y pedir permiso, incorporó a la joven lo suficiente para obligarle a ingerir el espeso líquido del frasco: zumo de belladona, silfio líbico, mirra de Arabia y granos de adormidera, combinados con turquesa molida y huesos de ibis sagrado en polvo. Maketatón luchó con debilidad por evitar tragar el remedio que, por su aspecto, parecía tener un sabor poco agradable, pero el médico consiguió, sin demasiada dificultad, vaciar el contenido del recipiente en la garganta de la princesa.

En poco tiempo, el calmante pareció surtir efecto en el cuerpo menudo de la muchacha, y solo hicieron falta unos minutos para que cayera en un tranquilo y profundo sueño.